PERÍODO COLONIAL

ARAM, Bethany, *Leyendas negras y leyendas doradas en la conquista de América. Pedrarías y Balboa*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2008, 451 pp.

La historiografía sobre la España del Antiguo Régimen está salpicada de leyendas negras y doradas, o rosas. Ya en los inicios de aquella modernidad, historiadores nacionales y extranjeros se dieron a la labor de juzgar los acontecimientos hispánicos inmediatos a su tiempo desde perspectivas intelectuales extremas, parciales y carentes de rigor, en las que priman intereses de todo tipo muy por encima de la medida profesional. La Inquisición y la conquista y colonización de América son los temas que más suspicacias y recelos despertaron entre adeptos y detractores de las realizaciones de los españoles de la Edad Moderna. De este modo el siglo XVI, sobre todo durante el reinado de Felipe II, verá arcear una publicística enemiga (de extranjeros y compatriotas) empeñada en cubrir de tinieblas cualquier ángulo y perspectiva del Imperio Hispánico. Hablamos de un tiempo en el que la rivalidad de los estados nacientes no sólo se dirimía en contiendas bélicas; también la guerra ideológica, sustentada en la manipulación de la información y en la modelación de la opinión pública, adquiere un protagonismo inusitado. Estas investidas externas España las contrarrestaba con otra artillería discursiva apologética y entusiasta en aras de la glorificación de un pasado y un presente acariciados como la misión providencial que un pueblo elegido de Dios debía culminar. Unos y otros no hicieron más que difundir una serie de tópicos que vienen repitiéndose hasta hoy día (en la prensa, en libros de divulgación o en proclamas oficiales de gobernantes ineficaces), lugares comunes, como todos con algo de verdad, que desfiguran nuestra historia, la alejan de la realidad y, en definitiva, difíciles de desalojar de la conciencia común. No obstante, desde los años setenta del siglo XX, los avances de la investigación historiográfica han logrado sacar a escena algo de sensatez y equilibrio entre tanto desacierto punitivo o encomiástico.

En dicha directriz se inscribe el magnífico libro de Bethany Aram que acaba de ver la luz y que aquí reseño. Un trabajo de una excelente historiadora que se ha dado a la labor de desmitificar personajes relevantes de nuestra trayectoria histórica. Así lo hizo, con la exquisitez que la caracteriza, con la reina Juana, «la loca», y ahora con dos figuras claves, coetáneas, de la conquista americana: Pedrarías Dávila (1468-1531) y Vasco Núñez de Balboa (1475-1519). Al primero tradicionalmente se le ha retratado como un tirano ególatra y siniestro, mientras que Balboa, en contraposición, es contemplado cual héroe altruista y bondadoso. Mas como bien demuestra la autora, estos perfiles antitéticos en buena medida se han perpetuado gracias a las plumas de los cronistas, más o menos oficiales, de la época; en primer lugar la del insigne

Gonzalo Fernández de Oviedo, enemigo declarado de Pedrarías que lo rebajó a paradigma de la codicia, la corrupción y la crueldad, el mismo arquetipo que, entre otros, terminarían reproduciendo Bartolomé de las Casas y Antonio de Herrera en su *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas Tierra Firme del Mar Océano*. Ambos, en favor de los monarcas, catapultan una víctima propiciatoria de los desmanes índicos acaecidos con la llegada de los españoles. A Balboa, idealizado a raíz de su temprana muerte, en cambio, lo elevaron con una leyenda edulcorada y colmada de atributos característicos de la justicia, el buen gobierno y la fidelidad a la Corona. Si bien, estos estereotipos (todavía especialmente enfáticos en la historiografía angloamericana) han resistido el paso del tiempo al menos hasta mediados del siglo XX, cuando los historiadores que inspiraron a la profesora Aram (Pérez de Tudela, Álvarez Pubiano, Gasteazoro) pusieron de relieve cómo con frecuencia se suelen personificar, en un solo individuo o en una minoría social (judíos, moriscos, herejes), las lacras de toda una época, componendas que interesadamente emanan desde retóricas en connivencia con el poder.

Bethany Aram, dando muestras de nuevo de su rigor y eficacia investigadora, acomete la empresa de mediar en tan complejo altercado para equilibrar posiciones contrapuestas y deformadas a través de unos tópicos duraderos. Su manera de proceder consiste en acudir a una relativa objetividad, al sentido común, a la documentación original conservada y la metodología adecuada. Un análisis comparativo, junto con unas fuentes informativas novedosas (procedentes de un variopinto conjunto de archivos), le han servido para poner cara a cara dos formas distintas, más que antagónicas, de afrontar la conquista, colonización y gobierno de las Indias. Porque persigue una mejor comprensión del fenómeno capaz de sacar a la luz mutaciones, similitudes y desigualdades, y, en cualquier caso, no rehabilitar a un personaje a expensas de otro. No obstante, una dificultad acuciante encuentra en la disparidad del volumen de documentos vaciados correspondientes a cada uno de ellos, flanco en el que, sin duda, adquiere ventaja Pedrarías (acorde a su posición social y política); este último, en opinión de Aram, a la larga más vituperado por mejor conocido.

Desde estos presupuestos metodológicos el libro, en sus diferentes y fructíferos capítulos, abarca facetas de los dos hombres en cuestión del todo sugerentes: orígenes, extracción social, educación, trayectoria profesional, manera de entender las Indias y las encrucijadas políticas coloniales de la época, legados y repercusión histórica. A partir de aquí, ante todo, avistamos en Pedrarías un símbolo de la centralización burocrática del incipiente «estado moderno» castellano, en pugna con la tradición señorial y el espíritu de frontera de Balboa. Esto no es más que otro de los entresijos que subyacen en una época (entre el Medioevo y la Modernidad) de transición a la que le afecta un vertiginoso aluvión de cambios y novedades difíciles de asumir por sus contemporáneos. De ahí que en todo este entramado vivencial de dos artífices singulares de entonces, la autora logre desplegar problemas de hondo calado como la política castellana en América, los conflictos entre conquistadores y la relación de los españoles con las poblaciones autóctonas encontradas al otro lado del Atlántico.

Al final, con un criterio ponderado, concluye desmintiendo los tópicos acuñados a lo largo de los siglos y, en última instancia, demostrando que Balboa y Pedrarias fueron ellos los primeros creadores y las víctimas primigenias de sus leyendas negras y doradas, una sabia propuesta que la crítica académica sabrá calibrar en su justa medida. No en vano, después de tanto tiempo conviviendo con los protagonistas de esta historia, y temerosa de que su simpatía o animadversión se haya inclinado hacia alguno de los dos, Bethany tiene la generosa amabilidad de regalarnos un jugoso apéndice con todos los documentos originales manejados, con los que el lector tenga la oportunidad de extraer sus propias conclusiones. Se nos brindan así los instrumentos empleados e imprescindibles a la hora de juzgar y refrendar la gran calidad de la labor historiográfica llevada a cabo en torno dos mitos que, según Aram, no pocas veces han obstaculizado el estudio de la evolución de los acontecimientos históricos; por ello con pleno conocimiento y saber termina diciendo que más allá de leyendas negras y doradas, la historia de la América española quizá merezca un nuevo «descubrimiento».

Tal vez el color que mejor le siente a toda una historia humana compleja y apasionada (en vez de una leyenda) sea el gris, un tono equidistante que no nos exima a los españoles de asumir nuestro pasado, pero sin complejos, ni sentimientos de culpa descontextualizados y al albur de quienes depositan fines espurios en su manipulación interesada. Amor y odio son dos maneras de denominar la pasión. Como fuere, atrévase el lector a internarse en las selvas y tesoros de este libro ejemplar, pues no saldrá decepcionado de una aventura equinoccial agraciada en sabiduría y buen quehacer.

Carlos Alberto GONZÁLEZ SÁNCHEZ
Universidad de Sevilla

FUENTE, Alejandro de la, *Havana and the Atlantic in the Sixteenth Century*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2008, 287 pp.

Desde mediados del siglo XVI Cuba experimentó una determinante transformación que definiría tanto su propio devenir histórico posterior como su vinculación con un amplio radio de regiones americanas. Caracterizada por el estancamiento y partiendo de una situación de declive pasó a ser objeto de atención para las autoridades coloniales y metropolitanas. La descripción exhaustiva y bien documentada de dicho proceso histórico es básica para comprender no solo la evolución de la que fue denominada posteriormente como «perla de las Antillas» durante la época colonial moderna sino también para discernir muchos de los procesos, a veces, específicos o contradictorios con los originados en otras áreas coloniales, que se producirán durante las cruciales décadas de finales del Antiguo Régimen y hasta la revolución. Dicha tarea, llevada a cabo por Alejandro de la Fuente y su equipo integrado por César del Pino y Bernardo Iglesias Delgado, ha dado lugar a un trabajo culminante y ejemplar en el

campo de la historiografía cubana en general que tiene como referencia el análisis de las propias sinergias internas que se produjeron en la isla en injerencia con los condicionantes externos que, en gran medida, la cohesionaron con el ancho y complejo sistema de las sociedades atlánticas.

Esta obra ofrece una división práctica y amena para el lector, centrándose en la evolución histórica de la ciudad de La Habana, originariamente establecida como puerto para carenar navíos, y en cómo convergen a lo largo de su devenir histórico las actuaciones derivadas de la consideración de la que fue objeto por parte de las autoridades hispanas y las ambiciones e intereses de la sociedad colonial que se fue formando en ella. Grosso modo, se profundiza en una época cronológica crucial entre la década de 1550 y la mitad del siglo XVII. La conversión de La Habana en una ciudad portuaria atlántica de primera magnitud se debe, en gran parte a su situación geoestratégica, pero no sólo desde el punto de vista militar y defensivo sino también por su naturaleza y funcionalidad económica en el marco de una red sistémica de comunicaciones e intercambios. La Corona española la convirtió en una ciudad fortificada en donde se centraron importantes actividades de comercio, navegación y construcción de navíos. Desde el principio, como sucedió en otros ámbitos antillanos, la política de fortificación y defensa debía ir acompañada de proyectos de colonización demográfica, tal como evidenciaron algunos acontecimientos políticos, como ilustra el ataque de una flota francesa al mando de Jacques de Sorés en 1555, capítulo que es comentado en la introducción del libro. En varios capítulos bien estructurados, el autor examina la conversión del puerto en relación a los parámetros de comercio y navegación, oferta de fletes, crecimiento urbano y producción, examinándose los elementos que hacen posible la construcción de la ciudad portuaria atlántica. En pocas décadas, la isla de Cuba se volvió catalizadora de flujos de navegación diversa. Es importante considerar aquí que las redes originadas en torno a un centro de intercambio estaban por encima de los designios imperiales tanto hispanos como de otras naciones marítimas pues una gran parte de estos buques llegados al Caribe pertenecían tanto a las compañías de monopolios con participación estatal como privadas. La especialización se basó principalmente en la reexportación de productos coloniales, la mayor parte de origen productivo regional. Además, tenía conexiones transoceánicas (con la Península Ibérica y Canarias principalmente) e intercoloniales (con otros puertos de las Antillas, centros hispanoamericanos de la Carrera de Indias, como Veracruz). La mayor parte de las importaciones eran manufacturas textiles. El comercio de esclavos estuvo presente en la economía de La Habana desde primeros del siglo XVI, beneficiado por el sistema de asientos, y la llegada de esclavos desempeñó un papel especial en la configuración de la sociedad cubana. Los esclavos llegaron tanto procedentes de África como de los depósitos de esclavos caribeños a través de las rutas del comercio intercolonial.

La posición de La Habana en el circuito de puertos de la Carrera de Indias introduce una perspectiva comparativa que facilita su valoración desde el punto de vista de su funcionalidad como centro de intercambio. El autor se une a la opinión de otros expertos de que la relativa dependencia de otros centros comerciales del poder centraliza-

dor de los virreinos fue en detrimento de un progresivo crecimiento económico. Al contrario La Habana se convirtió en centro de una compleja red comercial circuncaribeña. Los factores que intervinieron fueron múltiples pero marcados por el grado de conexión de la isla, no sólo con los mecanismos de la expansión española sino con todo el sistema atlántico en su conjunto. En el progresivo desarrollo de La Habana como centro de distribución comercial y reexportaciones a otros enclaves antillanos y circuncaribes, intervinieron también factores exógenos a la propia iniciativa hispana por convertir la ciudad en una zona portuaria protegida y clave para el control imperialista español en la zona. Su metamorfosis en ciudad portuaria atlántica estuvo marcada por su papel funcional en las redes de distribución intracaribeñas protagonizadas por agentes de diferentes nacionalidades que intercambiaban e interaccionaban con la propia sociedad isleña, pero vinculadas también, y sobre todo, en un contexto económico más amplio de dimensiones atlánticas. Su crecimiento urbano estuvo marcado por su configuración como puerto defensivo con guarniciones permanentes pero, sobre todo por la formación de diferentes grupos sociales criollos que la definieron demográficamente. La construcción de la ciudad fortificada influyó en la configuración social y viceversa pues la ciudad portuaria y militar se construyó gracias a una población emergente formada por blancos libres y esclavos de color. En combinación con los procesos económicos, este esfuerzo colectivo derivó en la formación de un multifuncional espacio urbano, según lo describe el propio autor. La descripción tanto de los factores que inciden en el crecimiento poblacional como en la emergencia de grupos sociales criollos ilustra al lector acerca de la formación progresiva de una sociedad diversa y abierta aunque en conflicto por la alineación del orden racial dominante. Gracias a una gran variedad de fuentes, el autor logra exponer las variedades de las características de esta diversidad demográfica, sus comportamientos socioculturales y los procesos económicos que dieron lugar a la creación de una sociedad habanera colonial de vocación caribeña pero atlántica.

Ana CRESPO SOLANA
Instituto de Historia CCHS-CSIC

GARCÍA RODRÍGUEZ, Mercedes, *Entre Haciendas y Plantaciones. Orígenes de la manufactura azucarera en La Habana*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2007, 371 pp.

La presencia reiterada del azúcar en la historia de Cuba, su influencia en el desenvolvimiento socio-económico del país es innegable; por tal motivo, la historiografía cubana se ha enriquecido con un sinnúmero de trabajos cuyo centro temático es el preciado dulce.

Algunos de estos títulos han trascendido, por su impacto, más allá de las fronteras de la Isla; para los especialistas estas obras no han perdido vigencia y las incluyen, como libros de obligatoria consulta, en sus obras más recientes. Forman parte de estos

textos de excepción, *Azúcar y Población en las Antillas* (Ramiro Guerra, 1927) y *El Ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar* (Manuel Moreno Friginals, 1964). *Azúcar y población en las Antillas* es una voz de alerta a la burguesía cubana de la época; da paso a la polémica que rompe el gran «mutis» que se hacía sobre un tema central de lo cubano. En las páginas de este libro R. Guerra, pone al desnudo uno de los problemas capitales que aquejaban a la nación cubana: el latifundio. Con *El Ingenio* M. M. Friginals cambia esquemas precedentes; marca un hito en la historiografía cubana. El autor de esta controvertida obra analiza de manera multilateral, con minucioso rigor científico y maestría en la redacción, la etapa manufacturero-esclavista del proceso histórico azucarero. El libro se convierte en un verdadero «barril de pólvora» desde que se pone a la venta, tanto por las tesis defendidas como por todo lo que sugiere y queda en el tintero: he ahí, a mi juicio, su gran mérito.

Recientemente se ha puesto en circulación un nuevo libro sobre el azúcar: *Entre Haciendas y Plantaciones. Orígenes de la manufactura azucarera en La Habana*. La autora —Mercedes García— es una voz autorizada en la materia, moviéndose con singular acierto dentro de los marcos del siglo XVIII.

Revistas cubanas y españolas han publicado interesantes muestras de su quehacer en las dos últimas décadas¹. También se ha sumado con novedosos y documentados escritos, a la realización de varios libros², suscritos por un colectivo de autores. Dentro del conjunto de su obra sobresale un título *Misticismo y capitales. La Compañía de Jesús en la economía habanera del siglo XVIII* (2000). La autora centra su interés en el estudio de un aspecto, prácticamente desconocido, de la labor desplegada por los jesuitas en la Colonia: la participación de la Congregación en el fomento de ingenios, su posición ante la esclavitud y la relación existente entre la expulsión de la Isla de los jesuitas y el desarrollo de ingenios en áreas capitalinas, después de efectuarse el embargo de los bienes de la Orden. Este resultado investigativo aporta una valiosa información sobre la gestión económica en Cuba de la poderosa Congregación, a la par que abre nuevos caminos para una mejor comprensión de la historia económica nacional.

En su último libro, el ya mencionado *Entre Haciendas y Plantaciones*, Mercedes García reflexiona con singular agudeza, acerca de las particularidades del ingenio cubano —tanto desde el ángulo agrario como en lo que respecta a la manufactura del

---

¹ Relaciono a continuación algunos de los referidos títulos: «Ingenios Habaneros del siglo XVIII», *Arbor*, n.ºs 547-548 CSIC, Madrid, 1991; «Las haciendas del occidente de Cuba en el tránsito a una economía comercial entre 1600 y 1792», *Tebeto*, V, Tomo I, Canarias, 1992; «La Compañía de los Mares del Sur y el Asiento de esclavos en Cuba entre 1715 y 1739», *Santiago*, n.º 76, Santiago de Cuba, 1993; «Ingenios, Finanzas y Crédito en Cuba en el siglo XVIII», *Debates Americanos*, n.º 9, La Habana 2000.

² Estoy refiriéndome, entre otras, a las siguientes obras: *Cuba. La Perla de las Antillas*, Aranjuez (Madrid), Ediciones Doce Calles-CSIC, 1994, coordinada por C. Naranjo Orovio y T. Mallo; *Diez Nuevas miradas de historia de Cuba*, Castelló, Universitat Jaume I, 1998, coordinada por J.A. Piqueras; *La Habana, puerto colonial: (siglos XVIII-XIX)*, Madrid, Fundación Portuaria, 2000, coordinada por A. Guimerá y F. Monge, y *Voces de la Sociedad Cubana*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2007, de varios autores.

azúcar— a partir de la génesis de un modelo azucarero cubano y los factores que determinan el rol desempeñado por el apetecido dulce, en el desarrollo de la Isla. La tarea realizada por la mencionada autora ha requerido de una paciencia «benedictina» para hurgar en la más variada papelería —en archivos y bibliotecas de Cuba y España— en búsqueda de posibles «pistas», rastreando datos dispersos en un mar de apolladas fuentes de difícil procesamiento y casi ilegibles.

Mercedes García, con su labor perseverante, resuelve las incógnitas que se había planteado al inicio de su investigación y demuestra con sus razonamientos, madurez y pleno dominio del tema. El lector agradece los «contrapunteos» de la autora con algunas afirmaciones y determinados análisis que M. M. Fragnals incluye en su obra maestra *El Ingenio*. Con respeto pero sin titubeos, M. García argumenta y propone novedosas soluciones para tales discrepancias; ella compromete a los especialistas a una profunda y necesaria reflexión. *Entre Haciendas y Plantaciones*, por sus características, está llamado a convertirse en un volumen de obligada referencia para los investigadores del azúcar cubano.

Carmen ALMODÓVAR MUÑOZ
Universidad de La Habana

PAQUETTE, Gabriel B., *Enlightenment, Governance, and Reform in Spain and its Empire, 1759-1808*, Cambridge, Palgrave Macmillan, 2008, 244 pp.

Como señalaba el mismo autor en una reseña de 2005 sobre varias obras referidas a la ilustración hispánica (sus autores, Stein & Stein, Mestre y Sánchez-Blanco), son numerosos los estudios que persisten en su abordaje partiendo de las principales corrientes actuales sobre el dieciocho español: desmitificación del reinado de Carlos III y consiguiente cuestionamiento de la existencia del absolutismo ilustrado, identificación de los referentes ideológicos del programa reformista borbónico (pensamiento francés, inglés y napolitano) y, finalmente, las consecuencias —exitosas o no— de las nuevas medidas en la América española. En su propia investigación, Gabriel B. Paquette ha optado por reformularlas adentrándose en los fundamentos intelectuales de la política de los reinados de Carlos III y Carlos IV en la consideración de que los reformadores de la Corona se sirvieron tanto de preceptos de la ilustración europea como de conceptos jurídicos ibéricos para alumbrar una ideología de gobierno propia.

Paquette inicia su relectura de la época carolina ya desde la portada del libro ilustrada con un detalle del fresco de Tiépolo del Palacio Real de Madrid dedicado a la grandeza de la Monarquía española que convierte en símbolo de las aspiraciones de los reformistas; una pintura en la que quedaría patente la capacidad de la Corona para promover la prosperidad y el bienestar público además de la fuerte conexión entre las políticas europea, peninsular y ultramarina, un aspecto menos advertido por los historiadores y que lleva a incorporar esta obra en la historia «cisatlántica» de España al situarla en el contexto de los imperios ultramarinos.

A través, primero, de la emulación artística, Paquette observa cómo los paladines de las reformas incorporaron novedades tales como la nueva ciencia de la economía política y trataron de adaptar los exitosos modelos comerciales de sus rivales europeos sin convertirse en una simple copia ya que, si bien las medidas tuvieron un carácter pragmático y se persiguió la superación del modelo, primaron también fórmulas tradicionales, específicamente la jurisprudencia regalista con su decidida oposición a los privilegios corporativos, tanto eclesiásticos como civiles. Con estos elementos, España creó un tipo de gobierno cuya denominación de «absolutismo ilustrado» Paquette abandona en pos de lo que llama «gobernanza regalista», ideología integrada por la doctrina de la regalía, la economía política y la consideración de la rivalidad internacional, inspiradora también —gracias al peso de actores «no estatales» o «casi estatales» propios de la «gobernanza»— de la creación de instituciones civiles en las dos orillas (sociedades económicas, consulados, etc.) de controlada autonomía. A estudiar, pues, sus orígenes, interacciones e implicaciones a través de fuentes documentales en España, Cuba, Chile y Argentina, dedica los cuatro capítulos del libro centrándose en el impacto intelectual de la rivalidad internacional, regalismo e ideología borbónica de gobierno, ideas, proyectos, elites coloniales y gobierno imperial.

La esclarecedora introducción apunta los objetivos del trabajo: 1.º, contribuir a la historia intelectual de las reformas gubernamentales españolas con énfasis en la jurisprudencia, la economía política y el pensamiento histórico, 2.º, reintegrar la historia ibérica en al marco de la Historia Atlántica y europea y 3.º, comprender cómo los actores coloniales rediseñaron las políticas metropolitanas. Asimismo Paquette aporta una interesante revisión historiográfica sobre las reformas borbónicas para ubicarse en el terreno de quienes rechazan la noción de la ilustración española como mera imitadora de autores y obras extranjeras y defienden la existencia de pensadores hispanos originales. Del mismo modo, atiende a la introducción del pensamiento del XVIII en América y a la variedad de respuesta de sus elites —ni inertes receptoras de novedades ni revolucionarias radicales— que adaptaron las ideas llegadas de Europa a las circunstancias peculiares del Nuevo Mundo para convertirlas, finalmente, en herramientas de crítica del régimen colonial y semilla de un nuevo tiempo.

En los apartados del libro ya mencionados, Paquette analiza los debates intelectuales causados en España por la rivalidad con Gran Bretaña considerada modelo a imitar en asuntos navales, agrícolas y comerciales; una lucha en la que también se apeló a la historia. Examina la ubicuidad y polivalencia del concepto de «felicidad pública» para justificar la ampliación de la esfera de control estatal sobre la sociedad y la economía mostrando cómo la variante carolina del regalismo ambicionó la expansión del poder del estado, el crecimiento comercial y la competitividad internacional. Resulta, asimismo, de gran interés su análisis de las ideas y políticas desarrolladas en la América española y los, a menudo divergentes, discursos que emanaban de las autoridades metropolitanas y coloniales ya que existió, en su opinión, una activa e interesada participación de las elites ultramarinas en el proceso reformista

para modificar las políticas comerciales, agrícolas y poblacionales. Por otra parte, son muy útiles y expresivos de la diversidad del mundo americano los distintos ejemplos de aplicación de las reformas en el Caribe y cono sur, sin olvidar el caso mexicano, a los que acude.

Las conclusiones de Gabriel B. Paquette enfatizan los cambios de concepciones de gobernanza y reforma en España y su imperio americano, con especial focalización en los orígenes intelectuales y atendiendo también a la naturaleza contingente del proceso. El trabajo subraya, pues, la coexistencia de ideas que compitieron entre sí a ambos lados del Atlántico y se vieron atemperadas por cuestiones de distinta índole como las circunstancias locales y la apelación al patriotismo, unos factores que dieron como resultado cierta hibridez intelectual.

Estamos, pues, ante una obra muy sugerente y abierta a las nuevas corrientes historiográficas sobre el dieciocho en la monarquía hispánica que ofrecerá caminos nuevos de investigación relativos al alcance de los preceptos regalistas y la emulación de prácticas foráneas y que bien merecería ser traducida al castellano a fin de llegar a un público más amplio en España y América. Un trabajo que se integra en la emergente historia atlántica y que muestra, asimismo, la relevancia del estudio de las redes de intercambio intelectual y transmisión transnacional de la cultura en perspectiva imperial, el estudio de la América española como parte integral de la historia de la península y reivindica la ampliación de fuentes para el estudio del pensamiento político reveladoras de ideas, actitudes y sentimientos de un período histórico que concluiría en 1808.

M.^a Dolores GONZÁLEZ-RIPOLL
IH, CCHS (CSIC)

PEARCE, Adrian J. *British Trade with Spanish America, 1763-1808*, Liverpool, Liverpool University Press, 2007, 320 pp.

Las relaciones hispano-británicas durante el siglo XVIII fueron una pieza clave en la emergencia de un nuevo orden político y económico mundial. Desde sus inicios, la estructura comercial española con América presentaba unas carencias estructurales que determinaron, y de alguna manera implícita, invitaron a la participación de las redes mercantiles no hispanas. Aunque las razones no fueron siempre económicas, las élites políticas y mercantiles británicas mostraron su deseo de colapsar el imperio territorial español. Esta obra surge en un contexto historiográfico excepcional en lo referente a los estudios sobre el papel de Gran Bretaña en el mundo atlántico que conecta los clásicos estudios sobre el comercio británico en la América hispana (Sylvia Hilton, John Fisher) con innovadoras perspectivas recientes que ponen de manifiesto el amplio marco analítico de la expansión inglesa (John Elliott, David Armitage, Michael Baddick, Nicholas Canny, Carla Gardina Pestana, Elizabeth Mancke, Steven Sarson o Roderick Mc Donald, entre otros).

La obra de Adrian Pearce es definitivamente complementaria con esta perspectiva pues se encuadra, tal como señala John Fisher en su ensayo introductorio, en el marco de las investigaciones sobre el comercio colonial español, el cual ha derivado desde el debate en torno al problema de las reformas borbónicas en temas de libre comercio (que imperaba sobre todo en la historiografía española de 1970 y 1980) hacia una visión más moderna y amplia que sale del horizonte estrictamente nacional para intentar arrojar luz sobre los problemas comunes de las naciones mercantilistas y sus diversas o semejantes formas de participación en el comercio de Europa en el Atlántico. Este trabajo versa especialmente sobre el comercio británico con las colonias de la América Hispánica en las últimas décadas del siglo XVIII, a partir de la Paz de París de 1763 que abrió definitivamente las puertas de Inglaterra a una posición hegemónica en este nuevo sistema imperial mercantil. La Guerra de los 7 Años fue decisiva para ello. Como ya dijera Josep Fontana, Inglaterra tenía un sistema político que le permitía invertir en la guerra una cantidad de recursos adecuado para lograr llevar a cabo el deseo de sus élites terratenientes y financieras. Esta coyuntura bélica histórica es decisiva en la evolución posterior de la economía política del Caribe (islas y zona continental circuncaribe donde el autor se detiene más) y también influyó en las políticas coloniales españolas que, aunque conservadoras, entenderán muy pronto de la necesidad de abrir al comercio libre una red importante de puertos. El autor se detiene en el comercio con toda la red de puertos hispanos del Libre comercio, describiéndose su evolución hasta la paz anglo-española de julio de 1808. Se analizan temas generales como la naturaleza de los flujos comerciales y el propio intercambio de productos en sí, describiéndose algunos de los canales que seguían unas rutas determinadas desde las propias colonias inglesas (las *West Indies*) que servían de *entrepôts* para el envío de mercancías a la América hispana. Este tipo de canales sólo se explica por la capacidad de una región de elaborar sus propias vías de abastecimiento internas al socaire de la propia demanda interna. No obstante, se elude estudiar a fondo el tema de la trata de esclavos con la excusa de que, efectivamente ha sido más tratado por la historiografía que las «*non-human commodities*» y se detiene en las pautas del contrabando en la América hispana.

El autor analiza sumariamente la importancia del comercio británico con América vía los puertos de Andalucía. De hecho, una de las cuestiones menos tratadas anteriormente es que las redes interesadas en la colonización de espacios americanos estaban también muy arraigadas al comercio que los mercaderes de distintas nacionalidades realizaban desde las ciudades españolas. Tras una extensa sintética descripción de los orígenes de la presencia inglesa en América, el autor se centra en el alcance que tuvo la Paz de París en el comercio inglés en sus colonias del Caribe, describiéndose la expansión geográfica del área afectada por el sistema del comercio libre español entre 1763 y 1783 y como Inglaterra impone su sistema de puertos libres a partir de mediados de 1760. Esta Paz de París abre un nuevo sistema de posesión colonial en las Antillas que da a Inglaterra el control sobre algunas islas francesas y ciertos privilegios comerciales. Se describen los antecedentes del sistema de puertos libres que Inglaterra llevó a la práctica entre 1763 y 1766 y los condicionantes políticos que lo

determinaron. A continuación se explica con detalle el sistema español del comercio libre, y su consolidación a partir de 1783. Por otra parte, el sistema de comercio libre llevado a cabo por los ingleses en esta franja portuaria era conocido por los españoles como «*colonies trade*» (comercio de colonias) y adquirió una decisiva importancia económica en algunas regiones de la órbita hispana. El marco estructural de este comercio, después de la firma del tratado de Versalles de 1783, no ofrece perspectivas de mejora para España pero sí reorganiza el orden de la economía política en las Antillas. En realidad este comercio de colonias no era algo nuevo sino que ahora se refrendaba por las autoridades inglesas y se reconocía o se obviaba por las españolas. Afectó positivamente a zonas, como Cumaná y Guayana, donde paradójicamente se había producido una gran afluencia de contrabando y comercio ilegal. Este comercio de colonias era vulnerable, no obstante, a los cambios políticos e institucionales, incluso a los cambios de gobernadores. Los últimos capítulos se extienden en el análisis del comercio hispano-británico en América durante las guerras napoleónicas y en las diversas estrategias practicadas por Inglaterra y España, entre las cuales destaca el sistema del comercio de neutrales. Este comercio se vio sujeto a cambios y transformaciones así como a diversos desencuentros originados por las hostilidades con buques de una y otra nacionalidad en el comercio con Jamaica o Bahamas. El comercio neutral evolucionó antes y después de 1804 hasta derivar en la concesión de monopolios a grandes firmas como fue el caso del consorcio Hope-Baring. La evolución de este negocio es un ejemplo de cómo la guerra favoreció la especulación y, por ende, la concentración de los grandes negocios.

En definitiva, el comercio inglés con la América española creció rápidamente hasta unas cifras enormes, en torno al 300 al 400%. El crecimiento interno que Inglaterra estaba experimentando en ese período fue vital para atraerse los dinámicos mercados hispanoamericanos. Por otra parte, es ya sabido que el comercio de las naciones europeas en el Caribe era, en su mayoría, un comercio ilegal y de contrabando desde el comienzo de la propia expansión europea, que rompía incluso con las propias leyes del monopolio español en la zona y del mismo monopolio inglés también. En realidad, tal como reconoce el propio Adrian Pearce en el capítulo 2, los ingleses al romper la tradición del monopolio (como lo haría España poco después) lo que hicieron fue tomar medidas de contingencia. Pero también, el libre comercio representó un cambio para la estructura del comercio anglo-español con América, pues por primera vez hubo una plataforma legal para el intercambio comercial de ambas naciones. Este sistema de comercio libre se consolidó y en 1805 incluía un número de 15 puertos en una docena de islas de la región Caribe. Mientras tanto, el comercio intrarregional había sido posible gracias a la connivencia del comercio europeo y a la necesidad, a pesar de la tradición monopolista, de cooperar en un marco más abierto que acotara los problemas que los sistemas tradicionales habían traído a unos y a otros.

Ana CRESPO SOLANA
Instituto de Historia CCHS-CSIC

RIVERA MEDINA, Ana María, *Entre la Cordillera y la Pampa: la vitivinicultura en Cuyo, Argentina (s. XVIII) Argentina*, San Juan, Editorial Fundación Universidad Nacional de San Juan, 2006, 432 pp.

El objetivo general del libro en palabras de la autora es el de «rescatar parte de la “memoria histórica” de una región vitivinícola del espacio austral Hispano colonial». Se trata concretamente de la región de Cuyo, específicamente el área que constituyen las actuales provincias argentinas de Mendoza y San Juan. Fundadas en la década de 1560, estas ciudades formaron parte de la Capitanía General de Chile (Virreinato del Perú) hasta 1776 en que pasaron a formar parte del Virreinato del Río de la Plata hasta su independencia de España declarada en 1816. La obra de Rivera Medina analiza la región de Cuyo como área periférica del espacio colonial americano, vinculada a su vez al espacio europeo y al peruano-platense. Así, aunque el libro se titula *Entre la cordillera y la Pampa* bien podría llamarse *Entre el Mediterráneo y el Pacífico* ya que el estudio comienza con una visión global de la cultura milenaria del vino desde el Mediterráneo a la región de Cuyo y desde la Antigüedad hasta la Edad Moderna.

Al igual que el concepto de espacio, el de tiempo también se analiza desde una perspectiva extensa, lo que Fernand Braudel ha llamado de «larga duración», centrando el estudio a lo largo del siglo XVIII para entender el desarrollo que a largo plazo tuvo una actividad económica, en este caso la vitivinícola, y el comercio derivado de ella. Utilizando estos conceptos amplios de espacio y tiempo, la autora demuestra cómo la economía de una región histórica como la de Cuyo se ajustó a lo largo del tiempo a las coyunturas originadas en los diferentes espacios a los que estuvo vinculada. En otras palabras, la obra demuestra el comportamiento «dinámico y flexible» de Cuyo. Con este análisis, la obra responde de manera clara y completa a la necesidad de escribir una historia regional vinculada a espacios mayores, en donde «lo local» refleja una conexión directa con «lo global». De esta manera, el estudio supera las conclusiones parciales (y en ocasiones erróneas) a las que había arribado la historiografía tradicional al tratar el comportamiento de la economía de Cuyo desde una perspectiva exclusivamente local.

De la presentación de la cultura milenaria mediterránea del vino, la autora pasa en el capítulo segundo a analizar la política comercial que España implementó a lo largo del siglo XVIII y principios del siglo XIX y que, por supuesto, tuvo repercusiones en la economía del espacio colonial americano, incluida la realidad comercial de los vinos y aguardientes de Cuyo. El análisis incluye desde el sistema comercial de monopolio, a la liberalización de la segunda mitad del siglo XVIII, para llegar al Reglamento de Comercio Libre de 1778, el cual tuvo repercusiones positivas y «encontradas» (según la autora) en las economías regionales coloniales. En el siguiente capítulo, se analiza la organización política y económica del espacio peruano-platense y los cambios administrativos ocurridos en el siglo XVIII que afectaron directamente la dinámica económica y comercial de sus regiones, específicamente la de Cuyo. La importancia de este capítulo es que se prepara al lector ubicándolo en el espacio geográfico y económico en el que se integró Cuyo.

Los capítulos cuatro a ocho están dedicados al análisis de la economía cuyana con su principal actividad económica: la vitivinicultura y comercialización de vinos y aguardientes. El estudio es exhaustivo, coherente y muy bien documentado con fuentes de archivos locales, nacionales y españoles. La autora muy acertadamente comienza con la presentación de las características geográficas de la región que marcan su economía de zona árida con los condicionantes de clima, suelo y riego. El análisis de la evolución de la propiedad en la región y el incremento de la superficie cultivada a lo largo del siglo XVIII son aspectos importantes de este estudio, incluyendo los conceptos de «unidad de producción» (unidad agrícola) y «unidad de transformación» (bodega).

Cuatro capítulos se dedican exclusivamente al tema del comercio de vinos y aguardientes cuyanos incluyendo en el análisis los temas de circuitos, producción y mercados, fiscalidad y precios. Un importante aspecto que se analiza aquí es el de la tendencia en la venta de vinos y aguardientes (caldos) condicionada a fenómenos coyunturales externos e internos, y sujeta a la política borbónica del siglo XVIII. Es en esta sección donde la obra ofrece uno de los aspectos más novedosos y bien documentados, usando la metodología de la historia cuantitativa. El análisis es por demás interesante al demostrarse el comportamiento de la venta de caldos cuyanos en Buenos Aires y otras regiones de la actual Argentina y hasta qué punto esa venta se vio afectada o no por condicionantes externos como la competencia en el mercado con caldos procedentes de España. En este sentido, el análisis también incluye las políticas fiscales y de precios en el contexto de la competencia entre caldos cuyanos y españoles. Por otra parte, un espacio importante de la obra es dedicado a la comercialización de caldos por parte de eclesiásticos cuyanos quienes, debido a su extensa producción y al privilegio que disfrutaron de no pagar impuestos, se convirtieron en importantes agentes en el comercio de caldos cuyanos.

El último capítulo de la obra se dedica a la «cara humana» de la producción y comercio de vinos y aguardientes cuyanos. El estudio incluye el análisis de los diferentes grupos protagonistas de la actividad económica más importante de la región (vicultores, bodegueros, trasladistas o transportistas y agentes económicos en Buenos Aires). Dichos grupos conformaban en palabras de la autora una sociedad «en proceso de transición entre el viejo esquema social y el nuevo modelo burgués». En esta caracterización —bien fundamentada y demostrada en la obra— se perfila otro aspecto sumamente importante y novedoso. La presencia de una incipiente burguesía cuyana en la época analizada está demostrando la existencia en el espacio peruano-platense de otras burguesías además de la porteña (Buenos Aires). Trabajos como éste de Rivera Medina vienen a demostrar cómo las historias regionales bien documentadas e interpretadas son claves para la reconstrucción de las historias de espacios mayores (nacionales, continentales). Contribuciones como las de la obra aquí reseñada son esenciales para entender cómo las regiones estuvieron vinculadas y respondieron a realidades de espacios mayores. Aún más, son fundamentales para entender procesos de larga duración del espacio colonial americano en los que la historia social y económica no necesariamente está marcada sólo por el devenir de las economías de las grandes capitales.

La situación de periferia geográfica no implicaba necesariamente la presencia de una periferia económica.

Celia LÓPEZ-CHÁVEZ
Associate Profesor, University of New Mexico, Albuquerque

The Tupac Amaru and Catarista Rebellions. An Anthology of Sources, edición y traducción de Ward Stavig y Ella Schmidt, introducción de Charles F. Walker, Indiana, Hackett Publishing Company, Inc., 2008, xxxv + 247 pp., mapas, glosario.

La sola mención del nombre «Tupac Amaru» en el Perú de los años setenta podía sacar a relucir un inusitado fervor patriótico, independientemente de si se tratase del hombre de la calle, un intelectual o un funcionario del Estado. ¿Por qué habría de ser de otra manera? Desde que en 1968 el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas tomara el poder, la figura del caudillo indígena fue encumbrada hasta alcanzar el estatus de ícono nacional, de la misma manera que el Che Guevara o Simón Bolívar habrían de serlo en otras latitudes. Tupac Amaru pasó a tomar entonces muchas formas, su nombre y su imagen se reprodujo por centenares y miles a través de un Gobierno que proclamaba abiertamente su vertiente nacionalista y su retorno a las costumbres ancestrales (el quechua fue reivindicado y difundido como lengua cuasi-oficial) frente a los devaneos «imperialistas» y «alienantes» de la influencia externa. El momento cumbre de esta fiebre nacionalista llegó con la celebración de su bicentenario en 1980, y que, como consecuencia del fin del experimento militar, trasladó el monopolio de la figura del caudillo indígena del Gobierno al sector académico. A partir de entonces, el interés en su figura no ha disminuido: las tres últimas décadas han sido lo suficientemente fructíferas en investigación para cuestionar y reinventar la imagen de la Gran Rebelión que se extendió por el Virreinato peruano entre 1780 y 1783 y que constituyó el mayor desafío al poder español.

De ahí la importancia de la presente selección de documentos. Sus compiladores han logrado reunir más de un centenar de extractos relacionados con diversos aspectos de este alzamiento y que nos permiten apreciar dicho movimiento en toda su complejidad. El desaparecido Ward Stavig (†2006) y Ella Schmidt compilan, pues, casi un centenar y medio de documentos provenientes de diferentes fuentes y que recorren los inicios del siglo XVIII hasta el fin del mismo, brindando un arco temporal y mental que abarca la geografía y la dinámica social y política del nudo mismo de la economía colonial, el Sur Andino. Esta región, como se sabe, reunía el circuito comercial más importante de América del Sur, impulsado por la plata que se extraía de Potosí y cuyo recorrido mantenía al Virreinato con la misma vitalidad que un corazón sano y vigoroso transmitía oxígeno y nutrientes al resto del cuerpo. Para continuar con la metáfora anatómica, habría que mencionar también que este organismo estaba sometido a una gran presión externa e interna a partir de 1720. Las epide-

mias, primero, y luego el incremento de la tributación resquebrajaron este «equilibrio» que era el sistema colonial y cuyas primeras anomalías se percibieron de modo visible a través de las revueltas que agitaban el territorio sin contar con las resistencias ocultas que los afectados, los indígenas, realizaron para soportar una situación cada vez más tensa.

Finalmente, el 4 de noviembre de 1780 estalló la rebelión en Cusco. Como se puede inferir de la lectura de la «Introducción» a cargo de Charles Walker, se trató de un levantamiento complejo, cuyos orígenes, dinámica y consecuencias no pueden ser reducidas ni simplificadas a un movimiento lineal y predecible. Los preparativos, los dramas personales, los desplazamientos de tropas, los informes posteriores a las batallas, la venganza bajo la forma de penas impuestas a los vencidos, en fin, las consecuencias de estos alzamientos nos llegan mediante la lectura de los documentos que los autores han puesto ahora en nuestras manos. Lejos de dar una visión predecible y unilateral de los acontecimientos, las fuentes se despliegan ante nosotros como una encrucijada en la que los líderes rebeldes aparecen articulando el descontento de diversos sectores.

Los once capítulos del libro están ordenados cronológicamente y en tres grandes partes, de acuerdo con las fases que tuvo la sublevación: la tupamarista, la de los hermanos Catari y la de Tupac Catari. Acompañan al libro una serie de mapas de la región en conflicto y un glosario que ayuda a precisar el significado y alcance de los términos coloniales, bastante útil para los lectores de habla no española. Además, un breve comentario acompaña a cada uno de los pasajes, ayudando en su contextualización y aprovechamiento. *The Tupac Amaru and Catarista Rebellions. An Anthology of Sources* ha conseguido escapar del fácil ordenamiento temporal incluyendo aspectos como aspectos biográficos y familiares de los líderes rebeldes, el contexto social y económico de la época (descontento social, plagas, explotación), el rompimiento del orden colonial, la dinámica de la rebelión y la derrota de la misma. Documentos oficiales se alinean al lado de otros menos conocidos, como la correspondencia privada entre los dirigentes de la rebelión o las confesiones de los estos mismos dirigentes ya apresados y a poco de ser ejecutados. No es raro encontrar padrones de tributarios; certificados matrimoniales; canciones de la época que atacan a los rebeldes; la carta de Micaela Bastidas a su esposo, Tupac Amaru (a quien ella cariñosamente llamaba «Chepe»), y el reproche que le hace al no haber actuado con más firmeza en el cerco del Cusco, cuya captura hubiese significado una victoria importante sobre las tropas españolas; la confesión de ésta previa a su ejecución; proclamas a la población y a otros grupo étnicos para plegarse a la insurrección, entre muchos otros provenientes de estudios aparecidos en años anteriores o colecciones de documentos, algunos de ellas de difícil acceso para el público no especializado.

Lo que tenemos en nuestras manos es un texto que ha logrado reconstruir acertadamente el perfil de los sublevados y de las autoridades contra las que se levantaron, además de brindar una imagen bastante apropiada del escenario en el que se llevó a cabo este episodio. El libro se aleja de la fría descripción de una batalla para dar paso al análisis de un conflicto social ocurrido en los Andes a fines del siglo XVIII. Hay

que mencionar también que el fino y cuidado trabajo de edición ha buscado que el libro sea una herramienta útil a quienes inician su pesquisa por el «mundo de Tupac Amaru» (parafraseando el título del libro de Stavig). Esperemos que pronto aparezca una versión en español de una obra tan necesaria como esta.

José RAGAS

Pontificia Universidad Católica del Perú

VAN DEN BERG, Margot, *A Grammar of Early Sranan*, Zetten, Manta, 2007, 420 pp.

This voluminous study in English, with a short Dutch summary at the end, is a PhD thesis defended on 22 May 2007 at the University of Amsterdam. In collaboration with the renowned creolists Pieter Muysken and the late Jacques Arends, Margot van den Berg has elaborated a grammar for describing Sranan in the eighteenth century. Sranan is a creole language spoken exclusively in the Republic of Suriname and by many of the Surinamese now living in the Netherlands. It is labeled a communication language, an intermediary tool among the many different language groups in Suriname throughout history.

Van den Berg's study starts with a detailed description of methodology (chapter 1), followed by chapters on grammatical categories (chapter 2), morphology (chapter 3), the predicate (chapter 4), the simple sentence (chapter 5), the complex sentence (chapter 6), and, finally, the conclusion (chapter 7). This division clearly indicates that the author aims to place her research in the context of larger structures of languages in general.

For Sranan, the author refers to seven text sources; 1) the Court Records in Paramaribo, which run from 1707 through 1767; 2) Herlein's annotations on Sranan from 1718; 3) the Saramaka Peace Treaty (SPT) of 1762, written by the representative of the colonial government, Louis Nepveu, who dealt with Saramaka chiefs whose native language was Saramaka; 4) the corrections of Herlein's 1718 annotations by Jan Nepveu, a relative of the aforementioned Louis Nepveu, in 1770; 5) Pieter van Dyck's first Sranan manual of ca. 1765, the most extended instruction guide in Sranan until 6) Christiaan Ludwig Schumann composed his dictionary in 1783; and 7), in 1798, the first instruction in Sranan was published in Paramaribo by G. C. Weygandt.

Van den Berg investigates the stable and variable features of eighteenth-century Sranan on the basis of this diverse textual material, consisting of vocabularies, dialogues on plantation life, reports from anonymous informants, or official use of Sranan by the colonial government, all written down by Europeans and only in one case — Schumann — by a trained linguist. The texts show the importance of Sranan throughout the eighteenth century. Starting on the plantations as a *Ningretongo* (black language) variant, it subsequently becomes a language used for communication on the plantations, in the city, and with the inhabitants of the hinterland, the ma-

rooms. These maroons are especially important because, in addition to the Sranan sources, van den Berg also studies a maroon language, spoken by the Ndjuka or Djukas. They were already registered as maroons in the eastern region of the Suriname River in 1706 whereas their numbers increased with the invasion by the French admiral Cassard in 1712. At the time of the Peace Treaty in 1760 (is the text of this treaty unknown?), more than 1200 people belonged to the Ndjuka tribes. The author studies the connections of Sranan with the Djuka language with the support of recent linguistic research based on contemporary pronunciations and sentence building. She explains that African influences are more likely preserved in the Djuka language than in Sranan because Djuka-speakers remained quite isolated from the rest of the population for a long while.

Although van den Berg includes historical information in her comparative and descriptive study, she does not follow the chronological order of the composition of the texts. Her most important objective is to shape a grammar of Early Sranan, for which grammatical, morphological, predicates, and simple and complex sentences are the most probable indicators. This grammar makes Sranan comparable with other languages and, in order to underline the African influences, van den Berg argues that «the entire Black population of Suriname was outnumbered by newly-imported slaves every three to five years during the first fifty years of colonization and every ten years during the next fifty years.» (224). The key question was to be or not to be a native speaker, because Sranan was the marker of local prestige. The Weygandt manuscript in particular is clear on this point. In the preface to his book, Weygandt mentions that «it represents the urban variety of Sranan as opposed to the rural varieties of Sranan, but that the differences between the varieties can be overcome by daily practice» (24). He further states that his manual is intended for newcomers and for those who need to be able to speak and understand Sranan in their profession. Moreover, he pleads that only those who understand Sranan will be his judges!

Sranan as a local marker was important to all newcomers throughout the eighteenth century, when Suriname was subject to multiple migration patterns: of Africans to the plantations and, eventually, to the city or to the maroon settlements; of European soldiers hired by the colonial government; of plantation owners who came from Europe and often returned after having secured their earnings; of Europeans hired to be director on a plantation; of Askhanazi or Sephardic Jews coming to America. In addition to that, from 1763 on, there was a state of constant war against all the maroons, who claimed a territory after the peace treaties with the Saramakan and Djukas in 1762 and 1760 respectively. The demand for communication must have been extremely high and Sranan speakers were involved in the most violent scenarios. Apparently, the 1762 Peace Treaty text with the Saramakas belongs to a more formal Sranan, such as was spoken by the «whites» in the city of Paramaribo, unlike the more colloquial variations in the Court Records or in Van Dyck's manual (223). Van den Berg argues that the first attestation of two types of predicate nominatives is found in the SPT text and not in the other two texts, which represent more colloquial varieties (264).

These Court Records, van Dyck's manual, and Weygandt's text give examples of everyday situations in plantation society. Van den Berg demonstrates cautiously and in great detail that Sranan's position was very complicated and that the difference between *Ningretongo* (black language) and *Bakratongo* (Europeans' or free people's language) was striking, whereas in the first variation African words have been preserved. Her research can rely on a rich tradition of Dutch creolists starting with Jan Voorhoeve's first description of Sranan in 1953. This tradition succeeded in documenting that Sranan conquered the linguistic space as the local marker in eighteenth-century Suriname. Accordingly, for a long time the feeling of belonging to Suriname was expressed by the word Sranan, although Suriname, rather than Sranan, became the official name of the republic. The words Ningretongo, Bakratongo, Parnasitongo, Fototongo, Englishtongo, Dutchtongo, or Portuguese-derived tongo suggest the diversity of its historical background, in which the «missing link» seems to be the doorway toward the African languages. The problem as such was already mentioned in a series of articles by Lou Lichtveld in 1928-1930, but his threat was not taken up again until the NWO project «A trans Atlantic Sprachbund?» from 2000 to 2006.

Undoubtedly, van den Berg's text echoes the high quality of creolists' research in the Netherlands. At the same time, it also reflects their omissions. Dutch creolists traditionally neglect approaches from a Spanish or Portuguese viewpoint. The historian Ana Crespo Solana, for instance, in her book *América desde otra frontera: La Guayana Holandesa (Surinam): 1680-1795* (2006), describes the Brazilian-Sephardic link as the foundational particularity of Suriname in comparison with other American countries involved in the transatlantic trade with Africa. This link had a strong linguistic impact, as can be learned from Ephraim Frank Martinus *The Kiss of a Slave* (1996). In this respect, it is problematic to work with the Djuka language. Although Djuka means Jew language, in reality, «Saramakka-Ningre habi Djuton-go» (Saramaka Blacks speak Jew-language, 273). The Saramaka language shows many influences of Portuguese, as the Moravian Brothers used to write in their studies on this idiom in the eighteenth century. Comparing Saramaka with Sranan immediately makes it clear that the Peace Treaty was written from a Fototongo (urban language) or Parnasitongo (plantation language) perspective. This formal text was read aloud by Nepveu in the presence of the Saramaka chiefs, who were addressed as «boussie nengre» (blacks of the bush), whereas they spoke about themselves as «matu kreôl», black people born in the hinterland of Suriname. «Mato» is a normal Brazilian word for hinterland or «bush» and, in the interpretation of the ethnolinguist Yeda Pessoa de Castro, the word also has a Bantu origin. It is with a cognate of «matu», a Kimbundu variant in the religious language of Candomblé in Salvador da Bahia meaning to hear or learn ritual songs, orations, and music. In addition, the Brazilian connection leads to splendid historical research on the history of the slave trade — including that of the Dutch — like that realized by the historian Luiz Felipe de Alencastro in *O trato dos viventes. Formação do Brasil no Atlântico Sul. Séculos XVI e XVII* (Trade in Humans. The Formation of Brazil in the South Atlantic, sixteenth and seventeenth centuries, 2000). Alencastro makes a connection with the

Bantu-speaking regions of Congo and Angola, which were part of the trade since its very beginnings in the sixteenth century.

Taking this Brazilian-African connection into account, the term Early Sranan for the eighteenth century seems to be somewhat misleading. To understand the African influences in Sranan, maroon languages turn out to be pivotal. Van den Berg makes a strong suggestion for studying the Saramaka collections in the Creole Language Archive in Nijmegen. I subscribe to this suggestion for further study, of course, but would thereby plea for the assistance of specialists familiar with Brazilian ethnolinguistics and historical research in relationship with Africa. When van den Berg's admirable study has shown the predominance of Sranan as a local marker in Suriname in the eighteenth century and the development of its grammar, further research should connect Sranan to the global and South Atlantic dimension of early modern history in general, during which this creole language emerged.

Ineke PHAF-RHEINBERGER
Latin American Studies Center,
University of Maryland/Humboldt University, Berlin